

Las manifestaciones más palmarias de los problemas económicos que han afectado a México desde esos años hasta la actualidad, en especial las que han repercutido de manera más directa en la población —en términos de desempleo, de endeudamiento, de quiebras empresariales, así como sus consecuencias en la creciente criminalidad y desintegración social— en mucho han contribuido a estigmatizar a la economía y a los economistas como los “malos de la película” o el chivo expiatorio de los grandes problemas nacionales.

Ante el actual entorno económico tan restrictivo —impuesto por acontecimientos de corte nacional y por condicionantes externas—, con seguridad aumentará de manera considerable la crítica a la economía y al desempeño de los economistas, por lo que conviene ubicar estos cuestionamientos en un marco más comprensivo. Las señales en el panorama económico para el corto plazo no son halagüeñas, y no se prevén grandes mejorías en el mediano y largo plazos. De hecho, ante las graves turbulencias financieras internacionales, aunadas a una débil estructura económica para sortearlas, parecen haber quedado relegadas las discusiones sobre una política económica de Estado, que en su oportunidad planteara el presidente Zedillo. Paradójicamente, la demora en emprender con responsabilidad estas discusiones ha dejado a la economía mexicana en una situación de gran vulnerabilidad ante los vaivenes de la economía mundial. Esto motiva la opinión de W. Alonso en cuanto a que las diferentes velocidades con las que se mueven las políticas están en coincidencia perfecta con la gravedad o intensidad de los asuntos en cuestión.¹ Así, por ejemplo, las actuales preocupaciones por el tipo de cambio, el desempeño de la bolsa de valores y el comportamiento de las tasas de interés tienen una atención más urgente —a menudo cotidiana o a cada hora— que los elementos de una política económica de más largo plazo, como pueden ser los proyectos de infraestructura o el replanteamiento para un federalismo fiscal más acorde con las realidades y exigencias de los estados y municipios.

En este sentido, como ocurrió con los sucesos a partir de diciembre de 1994, y en estricta referencia a los determinantes internos del desempeño insatisfactorio de la economía mexicana, continuará la complicidad de varios de los actores involucrados directa o indirectamente, por lo que es más fácil subirse al tren de la crítica contra la economía y los economistas, que aceptar su propia responsabilidad. Por ejemplo, en tal marco podría ubicarse la complicidad de muchos actores —desde diputados y senadores hasta distinguidos miembros de la iniciativa privada (entre ellos varios banqueros, por supuesto), pasando por académicos y analistas económicos, quienes sistemáticamente *minimizaron* los problemas de la economía mexicana— en la aprobación de muchas de las iniciativas gubernamentales que a la larga fueron nocivas para la mayoría de los mexicanos. Como se empieza a reconocer incluso en las cúpulas de la tecnocracia

mexicana, la miseria es el saldo de tres sexenios obsesionados por el mercado.²

Por supuesto, el ámbito de acción de la economía tiene sus límites, y muchos economistas públicos y privados de México tienen gran responsabilidad ante la difícil situación que viven millones de mexicanos. Esto es un hecho ineludible y de ningún modo se pretende desestimar. Esta contribución propone defender a la economía como ciencia, y no a los economistas cuyos desempeños y comportamientos se alejaron de los principios básicos de la disciplina. Se argumenta que muchos de los problemas a los que actualmente el país se enfrenta rebasan la esfera económica —para mezclarse con la política, por ejemplo, y con rasgos estructurales de la sociedad mexicana—, como la corrupción, ante los cuales la economía puede hacer muy poco. En consecuencia, buena parte de los ataques a la disciplina resultan infundados. Por supuesto, la economía exige competencia en el entendimiento de las complejidades propias de la materia, pero en un marco de rectitud e integridad que oriente la toma de decisiones económicas públicas y privadas, y no se puede vacunar contra personas incompetentes o que no se conducen con honradez. Incompetencia y deshonestidad, presentes en el trabajo de muchos economistas en México, desafortunadamente también se encuentran en otras disciplinas —como la ingeniería, el derecho, la medicina, la contabilidad—, y en otras esferas de la vida pública y privada del país. La experiencia reciente con el Fobaproa así lo demuestra.

Habría también que señalar que hubo voces, dentro y fuera de México, que en su oportunidad previnieron sobre los descabros económicos, por lo que en estricto rigor la aparición de crisis como la de diciembre de 1994 no debería sorprender. Quizá, como lo asienta nítidamente De Sebastián, estos escritos aparecían “en publicaciones científicas que no llegan a las salas de ordenadores desde donde los operadores internacionales manejan las finanzas mundiales”.³ Éste es un punto de la mayor relevancia, que bien puede hacerse extensivo a quienes toman decisiones importantes en las esferas pública y privada, y en especial si entre ellos hay economistas de profesión (bien sea por la licenciatura o el posgrado). Más aún, pareciera que en no pocos casos la literatura proveniente del campo de la economía no fue leída o sólo se hizo parcial o, incluso, incorrectamente. En gran parte esta inquietud está detrás de la elaboración de este trabajo: la necesidad de rescatar elementos fundamentales de la disciplina económica, en particular su carácter eminentemente social que siempre preocupó a sus fundadores. Decir, como se detalla más adelante, que las actuales políticas económicas, con su inclinación por el libre mercado, se fincan por entero en el pensamiento liberal es una grave omisión que pudiera denotar olvido, ignorancia, mala fe, incompetencia y muy poco respeto por la historia económica. O quizá, como suele ocurrir en otros casos, después de tanto repetir falsedades o medias verdades, los propios economistas terminan por creerlas.

2. Véanse los juicios autocríticos de Miguel de la Madrid en este sentido, en *Proceso*, núm. 1141, 13 de septiembre de 1998. Presidente de México en 1982-1988, reconoció que los mercados y los equilibrios macroeconómicos no atienden de manera automática los grados de miseria ni la inestabilidad social que se genera.

3. L. de Sebastián, *op. cit.*, p. 20.

1. W. Alonso, “Comment on ‘Interaction Between Regional and Industrial Policies: Evidence from Four Countries’ by Markusen”, en *Proceedings of the World Bank Annual Conference on Development Economics 1994*. Banco Mundial, Washington, 1995, pp. 299-302.

Por supuesto, en México ha habido amargas experiencias con gobiernos ineficientes y corruptos, pero este desempeño refleja el comportamiento y el funcionamiento de sus partes y no lleva a concluir que el Estado deba eliminarse o reducirse de manera radical. Si algo queda claro en este torbellino financiero internacional es precisamente que los mercados no se regulan solos y que, aun en los casos más exitosos de liberalización, nunca han implicado la ausencia de regulación. Esto constituye una sencilla pero gran lección. En una crítica seria a la tecnocracia mexicana se puede afirmar que se ha hecho una mala y rápida copia de experiencias ajenas, pero que se ha procedido con extrema lentitud para adaptar o transferir otros aspectos de las liberalizaciones, que tanto la teoría como la evidencia de los países más industrializados ya señalaban. Éste es precisamente el caso de los marcos regulatorios. En este sentido, resulta increíble que, como parte del acuerdo para rescatar a la banca, se hable ahora de la necesidad de crear una institución que proteja los intereses de los ahorradores, cuando esta medida se tendría que haber implantado imperiosamente como parte del proceso de privatización de los bancos. No deja de ser paradójico y hasta grotesco que muchos que atacaban la influencia del gobierno en la economía hallan recurrido a él para salvar sus patrimonios.

Los descalabros con la economía mexicana podrían incluso minar la propia enseñanza de la economía, en especial en términos del entusiasmo y el compromiso con que esta tarea tendría que realizarse. Categóricamente se afirma que, a pesar de este desencanto, vale la pena estudiar economía. El economista, el buen economista, puede contribuir enormemente al desarrollo económico del país, por la trascendencia de su trabajo, el cual puede repercutir tanto en los negocios más pequeños como en las grandes corporaciones y en los altos niveles de los gobiernos. Una tarea básica en el quehacer del economista es, sin embargo, como se asienta en el diccionario de la Real Academia Española en una acepción de economía, la "administración recta y prudente de los bienes", de tal suerte que de toda persona que se precie de ser buen economista se esperaría un comportamiento conducente.⁴

Más aún, la atención en los últimos años en los procesos y las variables económicas propicia la necesidad de que estudiantes de otras profesiones aprendan los aspectos fundamentales de la ciencia económica. Las finanzas personales del ciudadano común están afectadas a diario por decisiones económicas (algunas dentro de su control y otras ajenas a él), de tal forma que le es útil un análisis informado del entorno económico del país. Es crucial el papel de las universidades, de los medios de comunicación y de los economistas profesionales en hacer accesible esta información. Quizás hasta se pudiera afirmar cínicamente que vale la pena estudiar economía para no dejarse engañar por otros economistas⁵ o para reconocer y entender las señales que presagian las crisis económicas.⁶ Como se argumenta

4. *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española, vigésima primera edición, 1992, p. 787.

5. Una frase en estos términos se le debe a Joan Robinson, prestigiada economista inglesa.

6. Véase el trabajo de García Hernández y R.C. Hernández sobre la política económica y la crisis más reciente de México, donde se

en el libro editado por J. Dunn, hay sin duda otros límites en las decisiones políticas además de los económicos; pero, en la rutina política lo que es económicamente posible y factible no es sólo el asunto más prominente, sino también el de mayores consecuencias.⁷ Según el autor, prácticamente todas las opciones políticas tienen una dimensión económica crucial. El entendimiento de la economía sigue siendo, pues, de fundamental relevancia.

Sin embargo, en este trabajo se considera que lo anterior se ha limitado enormemente, sobre todo porque se ha desvirtuado (o, en el mejor de los casos, se le ha dado un tratamiento incompleto) el punto del que se ocupa la economía como ciencia. El liberalismo económico, en cuyo nombre se han instrumentado tantas políticas en el mundo (con especiales consecuencias en los países menos industrializados), por ejemplo, ha sido motivo de una lectura parcial o tergiversada. En particular, la escuela clásica tendría que revalorarse, por el sustento que proporciona a la economía; no parece, a juzgar por la retórica utilizada y por las políticas instrumentadas, que su estudio haya sido parte de la curricula de muchos economistas (posgraduados o no en el extranjero) con influencia en la toma de decisiones.

De otro modo, se tendría que haber dado un enfoque distinto a la elaboración de la política económica. Es en este sentido que hasta parecen redundantes las voces que proponen una economía con un rostro más humano cuando, por definición, es ésta precisamente la orientación de la economía. A pesar de que a menudo se olvida, la economía es una ciencia social, y este cariz le asigna responsabilidad en la cohesión y el bienestar de la sociedad, más allá de qué tan promisorios o buenos sean los grandes agregados de la actividad económica y más allá de las bondades (reales o no) del funcionamiento del mercado.

Por todo lo anterior, en lo que sigue se busca rescatar principios fundamentales de la economía, aun con el riesgo de repetir aspectos por demás conocidos o de incurrir en el simplismo, en particular el papel que desempeña la moral y la ética, no sólo en la actuación de los economistas, sino en el funcionamiento de una sociedad. Se argumenta que la preocupación por el bienestar de la población es una responsabilidad que nació con el estudio mismo de la economía y que en muchos sentidos resulta falaz la idea, tan en boga durante los años ochenta y principios de los noventa, de que los mercados pueden funcionar solos. Lo anterior puede demostrarse con amplitud con experiencias meramente nacionales, y resulta particularmente claro en un mundo de creciente globalización económica. La actual inestabilidad financiera en los mercados internacionales así lo revela.

asienta que "con tiempo se presentaron las señales de alerta para aminorar la crisis actual y que debido a la debilidad institucional con que opera el país, nada se hizo para tomar las decisiones adecuadas" (página de presentación de F. García Hernández y R.C. Hernández. *La política económica y la crisis de México*. Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Centro de Estudios Estratégicos, Monterrey, México, 1995). Se trataba pues de una crisis largamente anunciada por analistas mexicanos y extranjeros.

7. J. Dunn (ed.), *The Economic Limits to Modern Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York y Victoria, 1992.

LA ECONOMÍA CLÁSICA Y LOS MITOS DEL LIBRE MERCADO

Los acontecimientos económicos internacionales de los últimos meses han puesto en tela de juicio seriamente las bondades que por varios años se atribuyeron al libre mercado. Si bien desde finales de los ochenta y principios de los noventa ha habido voces que previenen contra las trampas ideológicas para instrumentar políticas de libre mercado de manera indiscriminada, han sido los sucesos en el ámbito de la economía y las finanzas mundiales los que han mostrado los riesgos de mercados autorregulados. No deja de ser curioso que incluso varios organismos internacionales sugieran regulaciones al flujo de capitales. Las crisis de los países asiáticos —otrora ejemplos de las maravillas de la liberalización económica—, la crisis rusa, la del sistema financiero mexicano, manifiestan con gran nitidez que los mercados no se regulan solos. Esto orillaría a una mayor reflexión sobre los fundamentos básicos de la ciencia económica.

En la medida en que grupos de interés —con los tecnócratas por delante⁸— han instrumentado políticas económicas en teoría respaldadas en principios liberales derivados de la economía, esta escuela de pensamiento amerita una revisión minuciosa. Ésta concluye que difícilmente los economistas clásicos avalarían las políticas aplicadas en su nombre. Adam Smith, por ejemplo, admiraba la burguesía emprendedora, pero recelaba mucho de sus móviles. Había en sus escritos una preocupación genuina por las necesidades de los trabajadores. Más que abogar por una u otra clase, su inquietud central giraba en torno al fomento de la riqueza de toda la nación. Como lo indica Muller, en ninguno de los escritos de Smith se consigna el manido término de *laissez-faire*.⁹

En efecto, Smith pugnó por la eficiencia de los mercados en la asignación de los recursos, pero ello siempre supuso la existencia de información perfecta para la toma de decisiones, la perfecta movilidad de los factores productivos como capital y trabajo, la ausencia de monopolios, entre otras consideraciones, todo lo cual difícilmente ocurre en la realidad. En este marco, no es de extrañar la responsabilidad que este famoso profesor escocés asignaba a los gobiernos para contrarrestar los efectos negativos de la búsqueda del interés individual; responsabilidad moral que se extendía a los más fuertes y afortunados en relación con los estratos más débiles. En contra de lo que muchos piensan, quizá debido a que, como menciona Sáenz, pocas personas han leído su obra básica,¹⁰ más que buscar su elimi-

nación, Smith confería al Estado la responsabilidad moral de auxiliar a los más necesitados y atender la desigualdad social. Como señala Ormerod: la particular atención de Adam Smith en el funcionamiento de la economía de libre mercado de ningún modo supuso incompatibilidad con responsabilidades colectivas.¹¹

En su propio tiempo, John Stuart Mill (1806-1873), otro de los grandes economistas clásicos, previno de la instrumentación irrestricta de medidas de libre mercado y destacó la necesidad de un capitalismo más humano.¹² De acuerdo con el pensamiento de Mill, por ejemplo, las persistentes restricciones de los países receptores a la inmigración constituyen una franca violación de los principios del liberalismo económico.

Ya en tiempos más recientes, la preocupación de los economistas clásicos por el bienestar del hombre corriente la han manifestado también otros economistas célebres, como Tinbergen, premio Nobel de economía, para quien el fin último de la economía es precisamente servir a la humanidad.¹³ Al cuestionar el logro de objetivos económicos múltiples con un solo instrumento, Tinbergen señala que la estabilidad macroeconómica, por ejemplo, no necesariamente garantiza el crecimiento económico, y que éste no conduce de manera automática a un incremento del empleo ni a la reducción de la pobreza. Sus modelos econométricos le valieron el premio Nobel, pero siempre enseñó que las matemáticas y la *planificación*¹⁴ son instrumentos para mejorar la elaboración de políticas cuyo último fin es la *elevación del nivel de vida de la población*. Con gran visión, Tinbergen estaba preocupado por el exceso de confianza de los últimos años en las fuerzas del mercado, que podían originar desigualdad social y degradación ambiental, y subrayó siempre la relevancia de los factores políticos y sociales y el respeto hacia la cooperación interdisciplinaria.¹⁵

11. P. Ormerod, *The Death of Economics*, Faber & Faber, Londres y Boston, 1994.

12. Véase el capítulo 8, el análisis económico clásico de John Stuart Mill, en el libro de R. B. Ekelund, Jr. y R. F. Hebert, *Historia de la teoría económica y de su método*, Mc Graw Hill Interamericana de España, Madrid, 1992. Stuart Mill nació en Inglaterra y a los 13 años ya había completado su instrucción como economista, gracias a la extraordinaria preparación que le brindara su padre, quien además le estimuló a la lectura de grandes historiadores y filósofos en sus propias lenguas (griego y latín), cuando Mill apenas contaba con tres años. Si bien fue a los 13 años cuando estudió lo que en ese entonces constituía la economía política, treinta años después escribió su principal obra: *Principios de economía política*, todavía de gran actualidad.

13. Véase la ilustrativa reseña sobre la vida de Jan Tinbergen, elaborada por E. Herfkens, "En memoria de Jan Tinbergen", *Finanzas y Desarrollo*, diciembre de 1994, p. 51.

14. Entendida ésta como la coherencia entre los instrumentos y los objetivos de políticas económicas.

15. Sorprende la coincidencia de la revista *Foreign Policy*, que en su edición especial del verano de 1998 señala la necesidad de avanzar en esta dirección. Se destaca la obvia necesidad de entender mejor los asuntos internacionales, por lo que dicho número ofrece los últimos desarrollos en los campos subyacentes a la disciplina: desde las relaciones internacionales, hasta la economía internacional y de la se-

8. Es justo reconocer que en esta tentación también han caído analistas académicos de gran renombre. Tal es el caso del artículo de Lorenzo Meyer, en el diario *El Norte/Reforma* del jueves 15 de octubre de 1998, en el que se señala que la economía clásica avala la eliminación de los ineficientes y caracteriza como inmoral la intervención gubernamental en los asuntos económicos. No es éste el mensaje de los clásicos.

9. J. Z. Muller, *Adam Smith- His Time and Ours*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1993, pp. 211-212.

10. J. Saenz, "Diálogo con Adam Smith", *Vuelta*, núm. 197, abril de 1993, pp. 27-31.

En síntesis, indagar las causas del crecimiento económico no debiera orillar a pensar que su obtención *per se* deba ser el propósito primero y fundamental de la política económica. Como está ampliamente documentado, no hay garantía de que el crecimiento por sí solo sea capaz de eliminar la miseria¹⁶ o proteger el ambiente,¹⁷ y mucho menos que el mercado por sí mismo se encargue de estas tareas. Como lo resume con tanta claridad Ruiz Nápoles: "La intervención económica estatal sólo puede ser vista como una interferencia a la libertad individual desde posiciones con alta carga ideológica y poca fundamentación racional. En realidad, el Estado siempre ha intervenido en la economía, aun en los países capitalistas más típicamente liberales y, por otra parte, en estos países los monopolios privados, la otra antítesis del modelo liberal, han existido siempre, aun en el auge del liberalismo económico [...] En realidad, el modelo de la 'competencia perfecta' no ha existido nunca en país alguno [...] De manera aparentemente contradictoria, los países que postulan el libre cambio de hoy no lo practican".¹⁸

En este marco, una lectura cuidadosa de lo que se conoce como economía clásica apuntaría con seguridad a decisiones de política radicalmente distintas de las que han aplicado los gobiernos en todo el mundo para manejar sus asuntos económicos, como en el caso de México. Es decir, resulta por demás paradójico que la ideología (acríticamente) importada de países como el Reino Unido o Estados Unidos, que tanto pregonaaron a mediados de los ochenta las virtudes del liberalismo, no tenga plena consistencia con el cuerpo teórico del cual decía emanar. Más aún, muchos de estos pseudopostulados son ajenos a los fundamentos del liberalismo. En todo caso, lo anterior ilustra perfectamente la enorme dificultad de armonizar los enunciados del liberalismo económico (y su insistencia en el libre funcionamiento de mercados plenamente competitivos) con el político (con su atención en los derechos de todos los ciudada-

guridad internacional a los negocios internacionales. Al subrayar que se tienen inmensas oportunidades para llenar los vacíos en el entendimiento colectivo, también se señala que algunos de éstos ya existían, que otros se han hecho más visibles por los recientes cambios en la política, la economía, la sociedad y la tecnología, además de que estos mismos cambios están conduciendo a nuevas avenidas para el análisis teórico. También en esta dirección (de lo multidisciplinario) se centra el libro de Erich Fromm, *Tener o ser*, Fondo de Cultura Económica (FCE), decimocuarta reimpresión (primera edición en español, 1978, también del FCE), México, 1998, sobre la necesidad de incorporar una visión más amplia para entender y avanzar hacia el progreso de la civilización. Ni siquiera la especialización debería pasar por alto la fundamental relevancia de la interdisciplinariedad.

16. J. P. Drèze y A. K. Sen, *Hunger and Public Action*, Oxford University Press, Oxford, 1990, citado por N. Stern, "The Determinants of Growth", en John D. Hey (ed.), *The Future of Economics*, Blackwell, Oxford, 1992, pp. 122-133.

17. A. V. Kneese y J. L. Sweeney (eds.), *Handbook of Natural Resources and Energy Economics*, North Holland, Amsterdam, 1988, citado por N. Stern, *op. cit.*, p. 23.

18. P. Ruiz Nápoles, "El liberalismo y la política comercial en México", suplemento de *La Jornada*, 14 de abril de 1991, pp. 33-37.

nos), para dar paso, por ejemplo, a lo que Hollifield considera la gran *paradoja liberal de la migración*: aun las naciones más liberales imponen barreras a la libre movilidad de las personas.¹⁹ O como lo expresa Önis, de la experiencia acumulada en torno a los programas de reforma neoliberal se pudiera derivar otra paradoja: mientras que la política económica neoliberal pretende, en teoría, separar al Estado del mercado, en la práctica las reformas orientadas al libre mercado han requerido de un papel muy activo de los estados nacionales, de tal forma que la competencia con el exterior tendría que verse desde esta perspectiva.²⁰

La experiencia de México respecto de Estados Unidos nos muestra la hipocresía del enfoque neoliberal sobre la supuesta libertad del funcionamiento de una economía de mercado, que es libre para algunos aspectos pero que es muy cerrada para otros. El vecino del norte presenta una cara relativamente liberal a la llegada de capitales mexicanos, pero otra menos tolerante a la inmigración documentada, y en últimas fechas mucho más autoritaria y fanática para la indocumentada. El trabajo y el consumo de los inmigrantes generan impuestos que son recibidos de muy buena gana y circulan en la economía formal, con lo que se legaliza con ello la actividad de un flujo que de origen y en teoría es *ilegal*. Lo mismo ocurre con la exportación de vinos californianos. El mercado, en este caso vía la exportación (a México y otros países), se encarga de legalizar el contenido de fuerza de trabajo indocumentada (procedente de México). Una cara agradable cuando exportan sus bienes y servicios, pero otra menos amable cuando reciben los nuestros. Los casos están a la vista: el por mucho tiempo restringido acceso del aguacate, el tomate, el atún, el acero, el cemento, o la entrada (ya pactada en el marco del propio Tratado de Libre Comercio de América del Norte) de los transportes mexicanos a los estados fronterizos. Esto es por demás significativo, ya que ni siquiera se ha podido garantizar el funcionamiento del libre mercado, por más que éste haya sido acordado previamente.

No deja de sorprender que la UNCTAD en su más reciente informe sobre comercio y desarrollo destaque la necesidad de remover estos sesgos regulatorios de los factores productivos: se han eliminado muchas restricciones a la movilidad de capital y de fuerza de trabajo calificada, pero no ha ocurrido lo mismo con la fuerza de trabajo menos calificada.²¹ De hecho, este informe apunta que este asunto es uno de los más preocupantes para la estabilidad de la comunidad internacional.

A la luz de las consideraciones anteriores, no está de más la recomendación que diera Lawrence R. Klein, también ganador (en 1980) del premio Nobel de economía (y al igual que Tinbergen por sus contribuciones a la econometría) a los estudiantes mexicanos de economía. Aparte de las matemáticas, y de la lec-

19. J. Hollifield, *Immigrants, Markets, and States. The Political Economy of Postwar Europe*, Harvard University Press, Londres y Cambridge, M.A., 1992.

20. Z. Önis, "Los límites del neoliberalismo. Hacia una reformulación de la teoría del desarrollo", *Este País*, México, diciembre de 1995, pp. 2-16.

21. UNCTAD, *Trade and Development Report 1997*, Nueva York y Ginebra, 1997.

tura diaria de la prensa especializada, de los conocimientos computacionales y de los aspectos técnicos del pensamiento económico. Klein aconsejaba como indispensable una lectura de los economistas clásicos.²² No es aventurado afirmar, a juzgar por las experiencias de México, que este tipo de lecturas ha estado ausente (u olvidada) en la curricula académica de muchos economistas mexicanos encumbrados en la alta tecnocracia pública, privada y académica. Una conclusión natural de este apartado es la necesidad de replantear la relación entre eficiencia, crecimiento y desarrollo, y sus fundamentales implicaciones en la estabilidad social. Esto se trata a continuación.

CRECIMIENTO, DESARROLLO Y ESTABILIDAD SOCIAL

A pesar de que muchos economistas lo hayan soslayado, o quizás nunca lo hayan aprendido, es de fundamental importancia destacar que el fin último de la economía es elevar el nivel de vida de la población. Esto no sólo se refiere a mayor producción, consumo o ingreso. Se tienen amplias evidencias de que los simples aumentos en la producción per cápita (o incluso en la generación de ingreso por habitante) —por mucho tiempo considerados como indicadores de desarrollo económico— son insuficientes para expresar el progreso de las naciones.²³ Todo esto conduce a replantear la relación entre crecimiento y desarrollo. Por muchos (quizás demasiados) años se ha manejado la idea de que el desarrollo económico depende exclusivamente del crecimiento de la economía. Las discusiones más recientes sobre la teoría del desarrollo señalan la necesidad de incluir elementos complementarios,²⁴ como el respeto a los derechos humanos, la democracia y la honestidad con que se manejan los recursos públicos y privados. Es decir, en última instancia el desarrollo se centra en el bienestar integral de las personas, no sólo en incrementos en variables agregadas como el PIB por persona.

Dicho de otro modo, si bien el crecimiento económico puede verse como requisito de mayores niveles de desarrollo, en los últimos años se ha reconocido cada vez más que el desarrollo económico es, a su vez un factor determinante de gran peso en la generación de crecimiento económico. Es decir, no sólo se trata de un asunto de altruismo o de *sentirse bien*, sino que el propio

sostenimiento o la expansión de la economía son incompatibles con desigualdades extremas de bienestar, ilustradas por una inequitativa distribución del ingreso.

En este sentido, cabe señalar que en una interesantísima y útil colección de trabajos sobre el futuro de la economía, en la que se reúne un número de economistas connotados de gran presencia internacional, se reconoce la importancia fundamental de incluir el papel de la distribución del ingreso en el proceso de crecimiento económico.²⁵ Esto guarda profundas implicaciones para la elaboración de las políticas económicas de los países, y había sido motivo de preocupación de los economistas clásicos y en las discusiones sobre desarrollo económico en los años cincuenta y sesenta.²⁶ Como claramente lo señaló Kindleberger en 1962, muy a tono con lo aquí expuesto, se sostiene que pese a su gran importancia, la eficiencia no puede orientar por entero a la política económica: “Las naciones actúan de la misma forma que las familias, conscientemente o no. Cuando las naciones pierden su capacidad para compartir se desintegran.

“La estabilidad, la libertad individual y la seguridad han de ser también tomadas en consideración. El hincapié que se haga en estos objetivos variará con el tiempo, a medida que la sociedad vaya revisando la escala de valores. Pero ninguna sociedad puede sacrificarlo todo por la eficiencia, ni ningún economista puede adoptar ésta como el único objetivo de la política social”.²⁷

El asunto de las desigualdades socioeconómicas

La reducción de las disparidades socioeconómicas amerita la mayor de las consideraciones. No sólo se trata de una cuestión moral (que, como aquí se sustenta, en efecto lo es), sino que también tiene una fundamental relevancia para la propia sustentabilidad y eficiencia de la economía. Resulta muy significativo, en este contexto, que el Nobel de economía de 1998 se haya otorgado a Amartya Sen por sus contribuciones al entendimiento de la pobreza. Es previsible que en los años por venir se revalore el tema y se incremente el interés en él.

Más específicamente, se sostiene para el caso de México que “la lucha contra la pobreza se constituye no como un simple medio de reparar los daños sufridos por los excluidos del mercado, sino como un objetivo social y económico.”²⁸ Este punto lo amplía Karl al ámbito latinoamericano, al argumentar que, en efecto, las desigualdades no sólo hacen más lento el crecimiento,

22. Lawrence R. Klein dictó una conferencia magistral en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Monterrey, durante el XIV Simposio Internacional de Economía del ITESM, abril, 1995. La revista de los estudiantes de la carrera de economía del ITESM Monterrey *Línea Económica*, publicó una entrevista con él en el número del 3 de mayo de 1994. L. R. Klein es profesor de economía en la Universidad de Pennsylvania, y tiene una vasta producción científica orientada al modelaje econométrico. También tiene un amplio conocimiento de la economía mexicana.

23. Véase en este sentido N. Stern, *op. cit.*

24. Véase el libro de Rapley (*Understanding Development*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, Londres, 1996.), donde se sustenta que en realidad la noción de progreso va más allá de los propios factores de bienestar material.

25. N. Stern, *op. cit.*

26. Véase el trabajo de N. Stern, *op. cit.*, quien alude a las contribuciones de Adam Smith, David Ricardo y Carlos Marx, por ejemplo. También véase el ilustrativo libro de Heilbroner sobre la vida y la doctrina de los grandes economistas.

27. Charles Kindleberger, economista estadounidense con grandes aportaciones a la teoría y práctica del comercio internacional y del desarrollo económico, y profesor emérito en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT por sus siglas en inglés).

28. H. Guillén Romo, *La contrarrevolución neoliberal*, Ediciones Era, México, 1997, p. 222.

sino que también causan inestabilidad política y social (la que a su vez inhibe el crecimiento).²⁹

En el marco anterior, la experiencia de la Unión Europea es muy ilustrativa. Al reconocer la retórica entre el decir y el hacer, Tomkins y Twomey consideran que no hay bases optimistas para pensar en un ataque de fondo contra estas disparidades, y aduce que su presencia constituye una grave amenaza para la eficiencia de la propia integración económica.³⁰ Por otra parte, un análisis cuidadoso de teoría económica ha de demostrar, contra lo estipulado por muchas políticas llevadas a cabo con este fin, que no hay una ley económica que asegure la convergencia en los niveles de ingreso tanto dentro de los países como entre ellos.³¹ En este sentido, Begg y Mayes sostienen que ni siquiera se trata de erradicar del todo estas desigualdades, lo que, como se asienta arriba, técnicamente es imposible, sino de reducirlas a grados social y políticamente tolerables.³² En una aportación del campo de la filosofía, para Letwin no hay racionalidad lógica en las estrategias orientadas hacia la igualdad socioeconómica.³³

Es decir, la respuesta a estas desigualdades no le compete exclusivamente a la economía. Más aún, quizá lo que pueda hacer la ciencia económica es poco, comparado con la contribución de la política (o de la fuerza de la política). Como lo asienta De Mattos precisamente en el marco de las disparidades socioeconómicas en América Latina, en el ámbito de la política: "El que se decidan o no los cambios que postulamos dependerán finalmente de las posibilidades reales de que esos cambios sean visibles en un marco histórico-estructural acotado y de la voluntad política de quienes controlan los procesos decisórios estatales. En definitiva, porque, como afirma Adam Schaff, "en política lo que cuenta es el realismo de la fuerza y no la belleza moral de los actos"."³⁴

Finalmente, sin embargo, como sostiene Guillén Romo para México, que la correlación de fuerzas no permita una política

29. T. Karl, "¿Cuánta democracia acepta la desigualdad?", *Este País*, núm. 69, diciembre de 1996, pp. 46-50.

30. J. Tomkins, y J. Twomey "Regional Policy", en F. McDonald y S. Dearden (eds.), *European Economic Integration*, Longman, Londres y Nueva York 1992, pp. 100-116.

31. Véase, en este sentido, el *Trade and Development Report 1997* de la UNCTAD, donde se asienta con toda claridad la imposibilidad de que los países en vías de industrialización puedan acercar sus niveles de ingreso a los de las naciones desarrolladas. En términos más generales se sostiene la imposibilidad de erradicar las desigualdades por completo, e incluso plantea la idea de que ciertos niveles de desigualdad son necesarios para la sustentabilidad del sistema económico. También se esgrime que el crecimiento y el desarrollo no conducen de modo automático a una reducción en las desigualdades.

32. L. Begg y D. Mayes "Cohesion in the European Community, A Key Imperative for the 1990s?", *Regional Science and Urban Economics*, vol. 23, 1993, pp. 427-448.

33. W. Letwin, "The Case Against Equality", en M. Desai (ed.), *LSE on Equality*, The London School of Economics and Political Science, Londres, 1995, pp. 73-137.

34. C. de Mattos, "Los asentamientos humanos en América Latina: situación actual y perspectivas", *Revista EURE*, vol. XV núm. 46, pp. 82.

económica alternativa no implica la ausencia de discusión teórica ni de las mismas propuestas alternativas, y sí llama a una mayor participación de quienes han sido afectados más adversamente por las políticas económicas instrumentadas en los últimos sexenios.³⁵ Además de su interrelación con la política, el desempeño económico está profundamente enraizado en las conductas de las personas, y en conjunto todo esto conduce a reexaminar el papel que desempeña la moral en la economía.

ECONOMÍA Y MORAL

El estudio de la economía entraña necesariamente discusiones sobre la moral, la ética, la honestidad, la honradez, la corrupción. Tan o más importante que la capacidad técnica, imprescindible para lograr el entendimiento de estos problemas complejos, el trabajo del economista requiere de sólidos cimientos en la ética y en la moral: de aquí la importancia de la honestidad y la honradez. En este sentido, cabría recordar que la economía como ciencia moderna nació de las contribuciones de Adam Smith³⁶ y su conocido libro *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776),³⁷ y que en esos años la economía se estudiaba como parte de una disciplina más amplia denominada filosofía moral.

Menos conocida que *La riqueza de las naciones*, la *Teoría de los sentimientos morales*, obra publicada por Smith en 1759, trata precisamente de la responsabilidad moral tanto de las empresas y los individuos más fuertes y afortunados con los más débiles, como la de los gobiernos con los sectores más desprotegidos de la sociedad. En esta obra Smith escribió: "¿Qué finalidad tiene todo el trabajo y el ajeteo de este mundo? ¿Qué finalidad tienen la avaricia, la ambición, la persecución de la riqueza del poder y de la preeminencia?"³⁸

La riqueza de las naciones responde a estas interrogantes al aseverar que el fin último de la atroz lucha y forcejeo en pos de la riqueza y de la gloria está en el bienestar del hombre corriente.³⁹ Estas consideraciones mantienen vigencia y relevancia. Más aún, el entendimiento de la filosofía moral puede mejorar el análisis económico.⁴⁰ La incorporación de la filosofía moral no se concibe como un recetario o "corrector" de políticas, sino como un reconocimiento de que las políticas en general y las económicas en particular mantienen dimensiones morales, las que a su vez afectan el comportamiento económico. Es decir, se tienen relaciones bidireccionales entre la moral y la economía. En este sen-

35. H. Guillén Romo, *op. cit.*

36. Adam Smith nació en Kircaldy, Escocia, en 1723. Es uno de los fundadores de la escuela clásica de la economía. En su tiempo gozó de gran fama, y atrajo la visita de muchas personas que iban a ver y escuchar sus clases en la Universidad de Glasgow.

37. Conocido como *La riqueza de las naciones*.

38. R. L. Heilbroner, *op. cit.*, p. 97.

39. R. L. Heilbroner, *op. cit.*, presenta un relato más detallado de la vida y la obra de Adam Smith.

40. D.M. Hausman y M.S. McPherson, *Economic Analysis and Moral Philosophy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

tido están muy a tono los juicios de Stern sobre el papel de la honestidad en la economía: “Un sistema en que los individuos se comportan con deshonestidad o en que la burocracia es obstructiva, o en que no son claros los derechos de propiedad, puede conducir a una asignación muy ineficiente de recursos al distraer atención precisamente para asegurarse contra la deshonestidad, darle la vuelta a la burocracia o aplicar los derechos de propiedad.”⁴¹

No es gratuito que durante los últimos meses se haya destacado en foros y publicaciones internacionales que la corrupción es un freno al desarrollo de los países. Al discutir el papel del Estado en la economía, el propio FMI ha insistido en que este fenómeno tiene un efecto negativo —cuantitativo y cualitativo— en el crecimiento económico de las naciones: se generan distorsiones en los mercados y en la asignación de los recursos,⁴² en particular en el caso de proyectos de infraestructura, los que a menudo no se eligen por su contribución a la economía, sino por la oportunidad que brindan para el soborno y las comisiones.⁴³ En estos proyectos la incorporación de la corrupción se ha asociado con una mayor inversión gubernamental, pero con menos ingresos gubernamentales, con bajos gastos en operación y mantenimiento de la infraestructura y, en consecuencia, con menor calidad de la inversión pública:⁴⁴ Al final, la corrupción reduce el crecimiento al (paradójicamente) aumentar la inversión pública mientras que aminora su productividad, mina la legitimidad de la economía de mercado y tal vez de la democracia.⁴⁵ Según Tanzi, es de tal magnitud el peso del Estado en la economía, que el combate contra la corrupción es inviable sin una reforma de éste.

Por supuesto, la corrupción no es exclusiva del Estado; el funcionamiento mismo del mercado, con sus “imperfecciones”, se encarga de *democratizarla* al incluir a otros actores de las esferas privada y social. Por otra parte, y en relativo disenso con lo expresado por Tanzi, en el sentido de que, además de una mayor toma de conciencia, el interés por la corrupción se ha intensificado a raíz de los sucesos políticos y económicos de los años noventa, se sostiene que este fenómeno ha perdurado por mucho más tiempo, y que en todo caso sorprende que hasta ahora

41. N. Stern, *op. cit.*, p. 128.

42. Según los estudios revisados por V. Tanzi (“Corruption Around the World: Cause, Consequences, Scope, and Cures”, *IMF Working Papers*, 98/63, 1988, pp. 182-183), la corrupción frena el crecimiento porque reduce, entre otros apartados, la inversión y la productividad de la inversión pública y la infraestructura; los gastos en educación y salud y en el funcionamiento y mantenimiento de las obras públicas, dado que estos gastos se prestan fácilmente a prácticas corruptas; los ingresos tributarios, principalmente debido a sus repercusiones en la administración y las aduanas, y la inversión extranjera directa, debido a que la corrupción actúa como un impuesto.

43. V. Tanzi y H. Davoodi, “Roads to Nowhere: How Corruption in Public Investment Hurts Growth”, *IMF Economic Issues*, núm. 12, 1998.

44. Véanse más detalles de estos hallazgos en V. Tanzi y H. Davoodi, *op. cit.*

45. Véanse *ibid.*, y V. Tanzi, *op. cit.*

las instituciones financieras internacionales como el FMI o el Banco Mundial se percaten de su presencia y de sus perjuicios en el desarrollo de los países. La literatura académica había advertido sobre estos efectos, con análisis teóricos y aportaciones de la evidencia empírica tanto de los países más industrializados como de los de menor desarrollo.⁴⁶

Dicho de otro modo, es por demás cuestionable que estas instituciones hayan prestado tanto dinero a tantos países sin haber aplicado mecanismos de control y evaluación más exigentes. Así, a la par de gobiernos deshonestos, ahora denunciados en informes sobre corrupción internacional, las instituciones internacionales deberían admitir su propia responsabilidad, sobre todo cuando desde hace muchos años el fenómeno de la corrupción era muy conocido. En este conjunto de actores, sin embargo, se tienen a economistas y no economistas por igual, de tal suerte que la industria del soborno y de la “mordida” también alcanza a contadores, abogados, ingenieros, financieros y médicos, por ejemplo.

Desigualdades socioeconómicas y moral

En un análisis, cuya argumentación proviene de la filosofía, Nagel centra la discusión de las desigualdades socioeconómicas en el ámbito de lo moral. Al tomar como ejemplo el uso alternativo de consumo cercana o altamente suntuario —sobre todo en la satisfacción de necesidades básicas de los que menos tienen— y el conducente sentimiento de culpabilidad de algunas personas, este autor subraya, además del papel moral que en este asunto des-

46. Entre la amplia gama de referencias destacan las siguientes. P. Mauro (“Corruption and Growth”, *The Quarterly Journal of Economics*, agosto de 1995, pp. 681-712) destaca precisamente el perjuicio de la corrupción en el crecimiento y detalla, además de la corrupción, asuntos relacionados como el tamaño de la burocracia, la eficiencia del sistema judicial y varias categorías de estabilidad política. A Shleifer y L.W. Vishny (“Corruption”, *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 108, núm. 3, agosto de 1993, pp. 599-617) subrayan el efecto que en la corrupción tienen las estructuras gubernamentales, especialmente las débiles, y el proceso político. En sus modelos, que involucran a empresas que compiten entre sí por proyectos vía el soborno a funcionarios gubernamentales, Da-Hsing D. Lien (“Corruption and Allocation Efficiency”, *Journal of Development Economics*, vol. 33, 1990, pp. 153-164) encuentra que en realidad se tiene una causalidad positiva entre ineficiencia y la discriminación generada por la corrupción. En su trabajo, también de carácter teórico, Nas y otros (“A Policy-Oriented Theory of Corruption”, *American Political Science Review*, vol. 80, núm. 1, marzo de 1986, pp. 79-119) argumentan incluso que desde el punto de vista del bienestar social, la corrupción no puede verse como un fenómeno homogéneo, sino que genera efectos positivos y negativos, y que en consecuencia se trata de optimizar los resultados positivos netos. Esta posición que contrasta con la de M. S. Alam (“Anatomy of Corruption. An Approach to the Political Economy of Underdevelopment”, *American Journal of Economics and Sociology*, vol. 48, núm. 4, octubre de 1989, pp. 441-456) para quien en países de menor desarrollo la corrupción no genera beneficios para el desarrollo y afecta adversamente la eficiencia económica.



parecen redundantes las voces que proponen una economía con un rostro más humano cuando, por definición, es ésta precisamente la orientación de la economía. A pesar de que a menudo se olvida, la economía es una ciencia social, y este cariz le asigna responsabilidad en la cohesión y el bienestar de la sociedad

empeñan las instituciones, los grandes esfuerzos de reconversión personal necesarios para enfrentar las desigualdades.⁴⁷

En este marco son pertinentes las observaciones de John Kenneth Galbraith en torno a los actuales patrones de desigualdad socioeconómica, 40 años después de la publicación de su célebre libro *La sociedad opulenta*.⁴⁸ Más que en la economía, según Galbraith, la naturaleza de la pobreza está profundamente enraizada en la naturaleza humana, algo que el mismo autor reconoce no haber identificado anteriormente: los países y los individuos más opulentos tienden a olvidarse de los menos afortunados, disfrutan su bienestar sin cargos de conciencia y sin sentirse responsables de sus actos. Ésta es precisamente la inquietud que Nagel quiere sembrar. Aparte del papel del Estado y de las instituciones, y sin mencionar siquiera a la economía, las conductas individuales moldean la desigualdad que se observa en el mundo. Esta discusión no se agota aquí, y va a requerir de un tratamiento mucho más profundo. En todo caso conviene subrayar que la presencia de las desigualdades socioeconómicas no es un problema exclusivo de la economía, ni en su entendimiento ni en las maneras de tratarlo, y que en ello radica precisamente su complejidad.

CONCLUSIONES E IMPLICACIONES

La economía y los economistas han sido duramente criticados a raíz de los severos problemas económicos que han afectado a México en los últimos años. Con el previsible empeoramiento de las condiciones económicas, inducido por factores internos y externos, no queda duda, en el marco de la

experiencia reciente, que estas críticas van a arreciar. La economía y los economistas serán vistos como los desalmados de una película cuyo tema cada vez más se va llenando de horror y terror. Ante el peso de las evidencias es prácticamente imposible no concluir que, en efecto muchos de los economistas profesionales, en las diversas esferas de actuación, no hemos hecho bien la tarea.

Si bien esto pudiera aplicarse con mayor rigor a la alta tecnocracia gubernamental, por el peso de sus decisiones, lo que se afirma también se aplica a economistas que trabajan para las grandes empresas, y a aquellos que han hecho de la consultoría económica su *modus vivendi*, pero cuyos consejos resultaron no tan previsores ni afortunados. El cuestionamiento también incluye a aquellos economistas que, más que expresar su punto de vista sobre las condiciones imperantes en la economía mexicana, se convirtieron en portavoces gubernamentales, vendiendo el mensaje de que *no pasaba nada*. La cooptación y la falta de valor han dejado amplia huella en la práctica de la disciplina económica en México. La academia, por supuesto, tampoco escapa a esta entrega insatisfactoria de cuentas. Por otra parte, es claro que siempre ha habido voces previniendo de las crisis, algunas de ellas largamente anunciadas, pero casi nunca las escuchan los encargados de tomar decisiones importantes, en cuyo caso la responsabilidad de estos últimos, al no leer, no saber ver y no escuchar, es mucho mayor. En esta dirección encaja la lectura no hecha, ligera o descuidada de los pilares mismos de la economía moderna. ¡Qué extraño les resultaría a pensadores como Smith y Mill saber que sus ideas serían tomadas como banderas para justificar políticas económicas en las que el mercado sería considerado como omnipoderoso y el Estado como un actor en especie de extinción!

A juzgar sólo por los hechos, pues, no es difícil subrayar que la economía mexicana ha sido manejada con incompetencia e irresponsabilidad. Lo anterior es particularmente conspicuo en

47. T. Nagel, *Una visión de ningún lugar*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

48. Estas observaciones aparecen en el *Informe sobre Desarrollo Humano 1998*, publicado por la Organización de las Naciones Unidas.

varios aspectos cruciales de la economía mexicana. El menú de problemas, de insuficiencias en la formulación de la política económica, de los retos y sus disyuntivas, así como de las medidas —urgentes unas y de más largo plazo otras— subraya la fundamental relevancia de mayor capacidad y responsabilidad en el manejo de la política económica. Si bien mucho de la situación obedece a factores externos, no es menos cierto que muchas de las fallas en este manejo son responsabilidad exclusivamente interna. De este tamaño es el reto que se tiene enfrente, el cual exigirá la responsabilidad y las competencias individuales y colectivas señaladas arriba, y no sólo de los economistas (dando por hecho, por supuesto, el perfil conducente que naturalmente le impone la economía a estos últimos).

Por supuesto que la economía no es ni puede convertirse en una varita mágica capaz de resolver todos los problemas. Permite un acercamiento al entendimiento de muchos de ellos, y en variadas circunstancias propondrá soluciones, muchas de las cuales no obtendrán consenso de los diferentes grupos sociales. La noción misma de lo que constituye un problema es relativa, y, por ende, lo serán las medidas para abordarlo. Al centrarse cuantitativa y cualitativamente en la utilización de recursos productivos, la generación de riqueza y su distribución, explícitamente se introduce toda una serie de conflictos y juicios de valor que no necesariamente son y serán resueltos en la esfera de competencia de la economía, sino de la política, por ejemplo.

En este sentido, es la ciencia política, o un entendimiento más fino de lo que se conoce como economía política,⁴⁹ lo que en un momento pudiera ayudar a entender el complejo mundo en el que se toman las principales decisiones económicas, en función del modelo o la visión imperante y de la conjunción de fuerzas. En todo caso, pareciera seguir siendo válido subrayar que la economía tiene sus límites de lo que puede y no puede hacer, de tal forma que no se generen falsas expectativas. Después de todo, se trata de una ciencia preocupada precisamente por el uso y asignación de recursos *escasos* entre la sociedad.

Con una experiencia mexicana muy dada a los extremos, será importante revalorar el equilibrio que en la economía desempeñan el mercado y el Estado, más allá de discusiones de carácter ideológico. Los más recientes acontecimientos, con las caídas de las economías asiáticas —incluida la japonesa— y sus repercusiones internacionales, así como con la delicada situación de la banca mexicana, y de otros procesos de privatización —como las carreteras— demuestran con claridad que los mercados no se regulan solos y que se requiere algún tipo de control; es decir, la privatización (exitosa) no implica la ausencia de regulación.

49. Con riesgos de sobresimplificación, la economía política puede definirse como el estudio de la interacción de actividades económicas e instituciones con las fuerzas políticas. Esto le imprime un carácter multidimensional, de tal forma que no sólo es la economía interactuando con la teoría política, sino que también se recurre a la historia, a la jurisprudencia y a la filosofía. En este sentido J. Dunn (*op. cit.*) trata de una manera muy ilustrativa los límites económicos de la política, así como los límites políticos de la economía.

Ésta es precisamente una de las principales lecciones para el futuro, aparecidas en el reciente trabajo de Stiglitz y Squire, al estudiar la teoría y la práctica del desarrollo en los últimos 25 años.⁵⁰ Se sostiene que muchas de las resueltas iniciativas por la privatización y la libertad de los mercados —como reacción natural a las fallas de las empresas estatales— se sustentaron más en la ideología que en el análisis económico, y se llevaron demasiado lejos, demasiado aprisa. Se puntualizan también los efectos adversos en la economía. En la ausencia de un marco regulatorio eficaz, más que a bajos precios, la privatización de un monopolio natural conducirá a precios más altos y a la confabulación de intereses resistentes a la regulación y poco afectos a la competencia real. Al reconocer la dificultad de encontrar el equilibrio adecuado entre los mercados libres y la regulación estatal, se subraya la importancia de contar con un entendimiento comprensivo de cómo funcionan los mercados, y de que en ningún lugar esto es tan evidente como en la actual crisis de los mercados financieros en el Este de Asia. Una conclusión derivada de esta experiencia, y que de hecho puede aplicarse a otros casos, es que un mejor entendimiento de las especificidades del funcionamiento de los mercados era necesario antes de moverse demasiado aprisa en el sendero de la privatización.

Esta región del mundo aporta más enseñanzas que es preciso asimilar. Al margen de qué tan eficaz hayan sido, casi todas las políticas intervencionistas en Asia Oriental tuvieron en mente la competitividad internacional de las industrias destinatarias.⁵¹ Centrales en estas estrategias fueron la revisión y el escrutinio rigurosos de las actividades —de tal forma que las incorrectas fueran desechadas— y un vigoroso apoyo institucional y político. Ya desde esos años se prevenía de la dificultad para trasplantar estas experiencias. Desde una perspectiva más amplia, aun si las estrategias de crecimiento económico de los últimos 40 años no hubieran sido guiadas directamente, el Estado sí acomodó de modo consistente las cambiantes necesidades de la economía.⁵² Menos controversial resulta que la experiencia asiática muestra con gran nitidez que las políticas de distribución del crecimiento, así como las orientadas a la educación, también lo estimularon.⁵³ Y, por supuesto, algo que no siempre se mencionó al referirse al milagro asiático —desde 1994 Krugman argumentaba que no se trataba realmente de un milagro— es que en el modelo por copiar también estaba incluido el autoritarismo típico de los regímenes antidemocráticos.

En este marco es muy ilustrativa la llegada del gobierno laborista al Reino Unido, con la introducción del impuesto *windfall tax*. Éste es un reconocimiento de que la venta de las

50. J.E. Stiglitz y L. Squire, "International Development: Is It Possible", *Foreign Policy*, primavera de 1998, edición especial, pp. 138-151.

51. D.M. Leipzig, y V. Thomas, "Las bases del éxito de Asia Oriental", *Finanzas y Desarrollo*, marzo de 1994, pp. 6-9.

52. G. Ranis, "Another Look at the East Asian Miracle", *The World Bank Economic Review*, vol. 9, núm. 3, 1995 pp. 509-34.

53. N. Birdsall y otros, "Inequality and Growth Reconsidered: Lessons from East Asia", *The World Bank Economic Review*, vol. 9, núm. 3, 1995, pp. 477-508.

empresas privatizadas durante los gobiernos de Thatcher y Major se realizó por debajo del precio real y de que estas compañías estaban obteniendo ganancias excesivas. Después de una reacción inicial, estas empresas terminaron aceptando la argumentación laborista. Por otra parte, conviene mencionar que el proceso de privatización consideró la creación de organismos vigilantes del buen desempeño de estas empresas, de tal forma que no se abusara de los consumidores. Esto es ilustrativo para un país como México, tan dado a copiar (rápidamente) enfoques e ideas, como las referentes a la privatización, pero que es mucho más lento en imitar o importar los otros componentes que los constituyen, como la regulación eficaz. Esta lección bien pudiera apreciarse en el marco más amplio del nuevo mapa de la centro-izquierda como gobierno en países europeos. En un país con funcionarios tan proclives a la copia de modelos, quizá alguien tenga que avisarles que los vientos en estos otros países están cambiando de rumbo, de tal forma que la señal, como ha ocurrido en el pasado, no llegue demasiado tarde. Claro que en ningún modo este nuevo mapa europeo está implicando una ruptura con los modelos económicos vigentes, pero sí representa una llamada de atención para revalorar y matizar sus implicaciones sociales.

Quizás una aportación importante en esta discusión sea la propuesta de Karl Polanyi de ver el mercado como un "proceso instituido", en el que la propia organización de la economía de mercado y la combinación específica de competencia y colaboración, así como las instituciones que se adoptan, son determinantes cruciales de su desempeño futuro.⁵⁴ No se trata pues de acercarse o de tocar los extremos: ambos son peligrosos. Los mercados no funcionan perfectamente, pero tampoco lo hace el gobierno, por lo que la colaboración propuesta resulta coherente. Más específicamente, a efecto de que esta colaboración sea eficaz para el desarrollo económico y social, el buen gobierno tiene que verse como un artículo de primera necesidad,⁵⁵ con

La preocupación por el bienestar de la población es una responsabilidad que nació con el estudio de la economía y en muchos sentidos resulta falaz la idea, tan en boga durante los años ochenta y principios de los noventa, de que los mercados pueden funcionar solos

las consecuentes exigencias para aumentar y no para disminuir las capacidades institucionales del Estado.⁵⁶ Sin embargo, del conjunto de las reflexiones anteriores se infiere que en la búsqueda del equilibrio más apropiado para esta asociación entre el Estado y el mercado, el aprendizaje y la adaptación son cruciales. De otro modo, como lo concluyen Stiglitz y Squire, "las verdades del ayer bien pueden ser los errores del mañana".⁵⁷

Como se indica arriba, las cuestiones de moral y de honestidad se reconocen como cruciales en el desarrollo de los países en general y de México en particular. Y esto es válido en todos los rangos: desde el alto funcionario que acepta responsabilidades para las cuales no tiene las competencias correspondientes, pero cuyas decisiones afectan a miles o a millones de personas, hasta el burócrata de los niveles inferiores que realiza su trabajo con displicencia, pasando, por supuesto, por diputados y senadores tan apegados a la

cultura de la línea más que a las convicciones de los principios; desde el rector de una universidad pública o privada que no sabe realmente cómo funciona su institución hasta el profesor de ella que no toma con seriedad sus compromisos académicos, entre los que se incluye privilegiar siempre la verdad y la honestidad intelectual, por encima de la comodidad y de las ventajas de corto plazo.

Para todo este abanico de actores resulta de gran aplicación el pensamiento de Benedetti sobre la honestidad y la función pública: "Aquellos hombres públicos que ejercen casi fanáticamente una honestidad a toda prueba se hacen acreedores a la admiración ciudadana por el mero hecho de cumplir, en esta época oscura, con la integridad que naturalmente exige toda función pública. La microética de los consecuentes pasa a ser un mero islote en la macroética de los decididores[...] Defender ardo-

54. B. Levy. "¿Qué puede hacer el Estado para impulsar los mercados?", *Finanzas y Desarrollo*, septiembre de 1997, pp. 21-23, y S. Pradhan. "Aumentar la capacidad institucional del Estado", *Finanzas y Desarrollo*, septiembre de 1997, pp. 24-27.

57. J. E. Stiglitz y L. Squire, *op. cit.*, p. 150.

54. Z. Önis, *op. cit.*, p. 14.

55. A. Chhiber. "El Estado en un mundo en transformación". *Finanzas y Desarrollo*, septiembre de 1997, pp. 17-20.

rosamente el interés público en la fácil retórica electoral, y desentenderse luego, ya en el poder, del voluntario lastre de aquellas cautivantes promesas, es asimismo una forma de corrupción”.⁵⁸

La administración pública o privada tiene sus límites, como para permitir que un funcionario pase del área A a la Z sin que medie experiencia o conocimientos para las tareas por desempeñar, además por supuesto de una exposición siquiera superficial a los graves problemas que enfrenta el grueso de la población mexicana. La falta de sensibilidad social de la alta tecnocracia tiene que ver seguramente con que no conocen las realidades en las que en teoría sus decisiones pretenden incidir. En el caso particular de las desigualdades socioeconómicas, no sufrirlas o sentirlas de cerca resta autoridad moral o conocimiento de primera mano a la mayoría de los altos funcionarios con responsabilidad sobre la materia.⁵⁹ En este contexto también se ubica el paso de funcionarios de la iniciativa privada a las tareas gubernamentales, como si éstas fueran equiparables a las realizadas en las empresas. Como expresara Paul Krugman, *un país no es una compañía*. Todas estas situaciones afectan el desempeño económico del país y no pueden en su totalidad ser imputables a la economía ni al trabajo de los economistas, por más que algunos, dentro y fuera del gobierno, se hayan ganado a pulso ser el blanco del (genuina o artificialmente alimentado) descontento popular. Es claro que esta discusión tiene variadas y profundas implicaciones en la formación de recursos humanos en la disciplina económica.

Algunas consideraciones sobre la enseñanza y la práctica de la economía

Su propio carácter de ciencia social hace que la economía tenga que ser estudiada desde una perspectiva dinámica, lejos de enfoques estáticos sobre los muchos y complejos procesos económicos. Al cambiar la sociedad también cambia la percepción sobre la problemática en cuestión y sobre las maneras de afrontarla, teniendo a la historia económica y a la del pensamiento económico como marcos de referencia para identificar patrones de ocurrencia y naturaleza ya conocida. En mucho el trabajo del futuro economista consistirá en la identificación de las fuerzas que moldean el desarrollo de las sociedades y de la aportación que en este sentido habrá de dar la ciencia económica. En este marco, el espacio para el trabajo interactivo e interdisciplinario será una constante en la formación y el ejercicio profesional del egresado economista, que articule la micro y la

58. M. Benedetti, “Ética de amplio espectro”, *Nexos*, núm. 187, México, julio de 1993, pp. 14-15.

59. En este contexto es por demás relevante el mensaje de Joseph Conrad (*Una avanzada del progreso*, Alianza Cien y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993), sobre la mentira en que incurren quienes hablan del sufrimiento sin conocerlo: “Nadie sabe lo que significa el sufrimiento o el sacrificio, excepto quizá las víctimas de la misteriosa intención de esas ilusiones” (p. 41).

macroeconomía con la geografía, la cultura, la sociología, la historia, la filosofía, la política y la ecología, por ejemplo.⁶⁰

Otra consideración para la futura enseñanza y práctica de la economía tiene que ver con una realidad que se aleja cada vez más de la ortodoxia presente en no pocos libros de texto, en especial en lo concerniente a la pureza de la racionalidad individual. Se ha argumentado en esta colaboración que la economía se mueve en ámbitos más comprensivos y complejos. Al rechazar los conceptos de la economía ortodoxa y el comportamiento “racional” de un mundo mecánico, lineal y en equilibrio, crece, paradójicamente, la importancia de entender mejor el funcionamiento de los fenómenos económicos.⁶¹ En muchas maneras, como este mismo autor lo reconoce, al tocar aspectos de las conductas humanas, la economía puede ser mucho más compleja de tratar y predecir que las ciencias exactas, como la física, por ejemplo.

Que en distintas (y a menudo en muy altas) esferas de la vida pública y privada se tengan economistas con comportamientos éticos distintos de los aquí señalados como propios de la disciplina no invalida a la economía como objeto de estudio, como tampoco ocurre con la medicina y el derecho o la ingeniería y la contabilidad, ante médicos, abogados, ingenieros o contadores deshonestos o incompetentes. El estudio de la economía sigue siendo una excelente y fascinante oportunidad de acercarse a observar con más detenimiento el funcionamiento de una sociedad, y constituye también una brillante opción de servicio a la comunidad. Para tantas mentes jóvenes con espíritu inquisitivo sobre las causas de las cosas, y con interés en contribuir al desarrollo socioeconómico de su localidad y del país, estudiar economía representa una inmejorable vía. Como lo advierte Paul Krugman, la economía a menudo está limitada por la política o por ideas simplistas cristalizadas en acciones concretas; pero, a pesar de ello, lo más conveniente no es rendirse ante esta evidencia, sino luchar por las buenas ideas y tener fe en que en el largo plazo las más correctas prevalecerán: “Si las personas con buenas ideas no luchan por ellas, no tienen derecho a protestar ante los resultados”.⁶²

60. Véase el artículo de Mario Luis Fuentes (“Las ciencias económicas ante el siglo XXI”, *Carta del Economista*, núm. 1, enero-febrero de 1993, pp. 14-20), para un análisis más detallado de las grandes transformaciones mundiales y algunas implicaciones para las ciencias económicas. Como sugerentemente lo expresan R. B. Jr. Enkelund y R. F. Hebert (*Classics in Economic Thought. A Reader*, McGraw Hill, Nueva York, 1996), la formación completa de un economista sólo requiere incluir matemáticas, filosofía, psicología, antropología, historia, geografía, y política; así como habilidades para la exposición, una visión mundial, experiencia en el mundo práctico de los negocios y de la administración, conocimiento de idiomas, además de la familiaridad con la literatura económica (p. 248). Claro que los autores previenen de la imposibilidad de encontrar alguien con estas calificaciones, y de cómo se ha avanzado en la especialización de la propia disciplina.

61. P. Omerod, *op. cit.*

62. P. Krugman, *Peddling Prosperity. Economic Sense and Nonsense in the Age of Diminishing Expectations*, Norton, Nueva York y Londres, 1994, p. 292.